

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 80.—BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1915



Reproducción en los alrededores de Berlín, de las trincheras alemanas, para que los habitantes de la capital se den cuenta de cómo viven los soldados

## CRONICA INTERNACIONAL

I. El ferrocarril Belgrado-Sófia-Constantinopla.—II. La situación de Inglaterra.—III. Entrevista significativa

### I.—El ferrocarril Belgrado-Sófia-Constantinopla

Cualquiera que sea el término final de la campaña contra Serbia, los austro-alemanes han alcanzado ya el objetivo que tanto temían los ingleses: la comunicación directa entre Berlín y Constantinopla, a través de Serbia, es un hecho, y comienza a derramarse sobre Turquía el inagotable material de guerra que tiene almacenado Alemania; seguramente, los trenes no regresarán vacíos, sino que el cobre, en grandes cantidades, habrá llegado ya a los imperios centrales, y después del cobre seguirán otras materias y, finalmente, la más valiosa de todas: los hombres.

El bloqueo de Alemania y Austria fué el medio en que más confianza pusieron los aliados para ganar la victoria. Aislando el centro de Europa, se esperaba que muriera por asfixia y consunción y tuviera que capitular sin condiciones. Y la verdad es que la esperanza no era infundada, juzgando por lo que acontecía en Oriente y Occidente; la soberbia organización alemana, el gran espíritu previsor de

aquel país trocó lo que se creía realidad en quimérica ilusión. La intervención de Italia pareció convertir, por fin, en realidad el anillo que había de estrangular al formidable enemigo. De pronto éste lanza sus ejércitos en una dirección inesperada y al cabo de cinco semanas abre de par en par la puerta que le pone en comunicación con el Oriente de Europa y, lo que vale más, con el Occidente de Asia, país casi virgen y de recursos punto menos que inagotables. De suerte que el bloqueo ha vuelto a fracasar, y esta vez ruidosamente, porque el fracaso lleva aparejado un peligro inminente y gravísimo para la Gran Bretaña. En cambio, Rusia sigue incomunicada por el O. y el S. y la crisis económica está llevando la miseria a millones de campesinos que no han podido dar salida a las dos últimas cosechas. Cerrado ya el puerto de Arkangel, los rusos han construido con febril actividad un ramal de ferrocarril desde Petrogrado a una bahía del océano ártico, situada algo más al O. que aquel puerto; pero, aun admitiendo que esté terminado ese ferrocarril, y que el nuevo puerto no quede obstruido por los hielos, es evidente que una línea de una sola vía, situada en



el extremo del Imperio, no puede ser utilizada con fines comerciales, sino simplemente para los transportes de guerra, y sólo en parte.

Pero no es la libre salida a Tuquía y Asia lo que Alemania ambicionaba: sus miras eran más vastas, como que perseguían el medio de llevar la guerra a Egipto y la India. Tantas cosas hemos presenciado desde que estalló la guerra, que no sería sorprendente que los alemanes estuviesen trabajando hace meses en el ferrocarril de Bagdad y en los que recorren el litoral del Asia Menor, para completarlos y prolongarlos hasta los desiertos de Arabia. Sea esto verdad o no, la llegada de tropas alemanas a Constantinopla es cuestión de días y de unos pocos más el reembarco de las tropas aliadas que aún se sostienen en el litoral de Gallípoli. Realizada esta primera labor, el ataque a Egipto no tardará en ser emprendido.

De esta suerte, toda la política internacional de Inglaterra se ha venido abajo. Si se reflexiona desapasionadamente, se echará de ver que la Gran Bretaña es el cerebro director y que sus aliados son meros ejecutores de la voluntad inglesa. Trató Inglaterra de obligar a los alemanes a batirse con sus enemigos continentales, porque así conseguía ella verse libre de las acometidas teutonas. Guerra en Bélgica, en Francia, en Serbia, en Rusia, en Italia... ¿Cómo iban a pensar siquiera los alemanes, acosados por tantos y tan poderosos adversarios, en hacer armas contra Inglaterra? Es muy posible que fuese ésta la que propalase los rumores de un desembarco alemán en las islas, y el lenguaje altanero y arrogante de sus periódicos pareció invitar a Alemania a intentar una aventura que necesariamente había de serle fatal. ¡Todo fué en vano! Desembarazándose de sus enemigos y conquistando sus territorios, los alemanes, en lugar de echar el resto de sus fuerzas y agotarlas en una lucha contra las potencias continentales, las envían en otra dirección y van a golpear sobre los puntos vulnerables del Imperio británico. La balumba de pueblos arrojados por Inglaterra contra Alemania, no ha sido bastante a desviar el propósito de ésta, de medirse con los ingleses. Estamos aún en los preliminares de este duelo singular, pero los dos antagonistas no ocultan ya que el choque será inevitable.

## II.—La situación de Inglaterra

Acaso nunca ha sido objeto un Gobierno inglés de las acres y severas censuras que han caído sobre el Gabinete Asquith, salidas de la Cámara de los Lores y de la de los Comunes. Las habilidades y la censura podrán ocultar algunos hechos y llevar una engañosa confianza al país, pero el sistema quiebra siempre, más o menos pronto, y produce tanta más indignación cuanto más ha durado la esperanza. No posee el Gabinete inglés la confianza del país, dicen y repiten oradores y parte de la prensa. No obstante, no hay manera de reemplazarlo. Se ha constituido, con elementos de su seno, un comité director de la guerra, compuesto de cinco miembros, pero no se observa en él la supremacía de los elementos técnicos, pese a las apasionadas campañas en este sentido llevadas a cabo por los periódicos y en el Parlamento; para dirigir la guerra, dicen todos, hacen falta

profesionales y no políticos. Pero no tienen razón, porque Inglaterra no ha querido ni podido nunca, ni quiere ni puede ahora, ganar la guerra con elementos militares, sino empeñando en la lucha pueblo tras pueblo y nación tras nación, y eso ha de ser obra de los diplomáticos y no de los militares. El ejército y la armada figuran en segundo lugar entre los instrumentos de que se vale Inglaterra para llegar al término feliz de la jornada; aparte de esto, bien está que utilice aquellos.

Coincidiendo con estos cambios internos en el Gabinete, lord Kitchener ha salido de Londres, de donde se ausenta por una larga temporada. Ha estado en París y prosigue su viaje hacia Oriente. ¿Va a encargarse del mando del ejército de Egipto? Sus antecedentes hacen creer más bien que el término de su viaje está en la India. Cuando un personaje elogiado por todos, de reputación militar bien cimentada, y de un prestigio nacional superior al de los demás hombres de gobierno británicos, abandona su importantísimo puesto y parte a lejanas tierras, algo muy temible amenaza a Inglaterra. Como ha de manifestarse más o menos pronto, excusamos los comentarios.

La prensa aliada estuvo meses y meses agitando el mundo con el anuncio de la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania, eventualidad que ya saben los lectores que nunca creímos. Llegóse por fin a un acuerdo amistoso entre las dos potencias, y ahora se ha publicado una nota, extensísima y enérgica como ninguna de las anteriores, de Norte América a la Gran Bretaña. En ella se proclama la primera defensora de los derechos de todos los neutrales, recuerda a Inglaterra varios centenares de detenciones de barcos neutrales por la marina británica, y proclama el derecho indiscutible de comerciar con Alemania. Inglaterra no tendrá más remedio que humillarse y suavizar sus procedimientos marítimos, que no se compadecen con el respeto que se debe a los neutrales. Algo o mucho habrán influido en esa actitud de los Estados Unidos, la agitación alemana en América, y las reclamaciones de los hacendados del Oeste, cuyos negocios están paralizados por la falta de exportación al centro de Europa, y claman contra los fabricantes de material de guerra del Este, a los que, dicen, han sido sacrificados. Los tentáculos alemanes llegan a todas partes, y víctima de ellos ha sido Churchill, que ha tenido que salir del Gobierno inglés por la cuestión del Comité director de la guerra.

## III.—Entrevista significativa

El acontecimiento más importante de los últimos días ha pasado inadvertido a casi todos los periódicos. Coincidiendo con la discusión abierta en la prensa alemana sobre las condiciones admisibles de paz, discusión seguida con grande interés y en parte secundada por los periódicos ingleses, los dos delegados alemanes en la Conferencia Internacional de la Paz, se trasladaron a La Haya. A los pocos días, se dirigieron a la misma capital monsieur Caillaux y el barón D'Estournelles de Constant. Los cuatro personajes continúan en La Haya. Conviene recordar que Caillaux es, entre todos los políticos franceses, el partidario más resuelto de un acuerdo con



Alemania, y que siempre se declaró opuesto a la guerra.

Sea fructífera o no la conferencia que seguramente habrán celebrado los cuatro delegados, es un buen indicio, porque el primer paso es el que cuesta más. Por de pronto, es indicio de que los beligerantes desean entenderse directamente, y no deber ningún servicio a los Gobiernos neutrales.

F. LARIN.

## HINDENBURG

### SU BATALLA DE INVIERNO EN MASURIA

7 al 15 de febrero de 1915

(Conclusión)

En los días 13 y 14 quedaron cortadas todas las carreteras que conducen a Rusia desde Wizawni, Suwalki y Augustowo y terminado por el N. y el S. el movimiento envolvente. Cayeron en poder de los ejércitos alemanes Stallupönen, Kibarty, Wilkowischki, Mariampol, Kalwarija, Seyny, Augustowo y Grajewo. Con que el centro hubiese conseguido conservar su posición en la línea Arys-Lötzen-Angerburg-Darkehmen-Gumbinnen, quedaba cerrado el círculo de hierro y decidida la suerte de los rusos. Desde luego que en tal caso aún eran de temer intentos de ruptura y rudos combates cuyo resultado podía ser dudoso. Mas también Below con el centro alemán había cumplido perfectamente su misión. Las tropas que tenía situadas al E. de Gumbinnen se unieron al avance del ejército de Eichhorn contribuyendo a apoderarse de Stallupönen. Los regimientos de Landwehr y los batallones de Landsturm situados detrás del Angerapp y delante de Lotzen no hostigaron por de pronto al enemigo. Tal era su cometido, pero cuando el ala derecha rusa empezó a abandonar su posición ante el ataque de las tropas de Eichhorn, cuando de las noticias de los aviadores resultó que se retiraban los rusos que aquellas fuerzas tenían enfrente, llegó también para ellas la hora de avanzar.

Emprendieron su ataque el día 11 sujetando las retaguardias enemigas y batiéndolas en numerosos combates aislados. El 12 y los días siguientes continuaron la persecución penetrando en las columnas de marcha enemigas, haciendo numerosos prisioneros y recogiendo mucho botín. Esta parte del ejército ruso también se disolvió y su retirada se convirtió en huida. Pero desgraciadamente en la noche del 11 al 12 llovió y comenzó el deshielo. Los caminos se inutilizaron, quedó estancada la artillería con sus columnas de municiones; los elementos que no se pudieron arrastrar quedaron abandonados y hundidos en lagos y pantanos. El 21 de febrero en el campo en que se habían librado los combates de Lötzen y en el lago de Widminn sacamos del agua ocho piezas de gran calibre.

Mientras se reñían los combates que acabamos de describir había comenzado también una batalla en Lyck. Las tropas siberianas allí apostadas resistieron bravamente hasta el día 14 aun con sus flancos completamente rebasados y habiendo caído ya Grajewo y Margrabowa en nuestras manos. Es indu-

dable que los rusos tenían orden de sostenerse allí a toda costa a fin de contener la persecución alemana y salvar de ese modo la mayor parte de su ejército ya que se ignoraba aún que las carreteras de retirada estaban en poder de los alemanes.

Muy fuerte por naturaleza, la posición de Lyck ofrece gran resistencia contra un ataque del Oeste. Seis lagos rodean a Lyck formando un arco que se abre hacia el N. E. Son los lagos de Laszmiad, Gr. Sawinda, Wozzell, Sanowo, Lyck y Gr. Selment. De las cinco lenguas de tierra que forman estos lagos hay tres que son fáciles de defender, las que quedan entre los cuatro lagos primeramente citados. El defensor las puede batir desde un frente extenso comprendido entre el lago de Laszmiad y Lyck y desde la altura dominante 177. En cambio quien ataque ha de forzar los pasos en tres columnas profundas y estrechas, pues el más ancho de ellos apenas mide un kilómetro y cuarto. Ahora bien, si el que ataca logra acercarse a la ciudad por el O. o por el E. del lago de Lyck, por Mathildenhof o Sybba la posición del defensor resulta insostenible, pues queda muy amenazada por fuego de flanco y retaguardia y corre peligro la línea de retirada hacia el Este.

El general ruso, apreciando claramente la situación ocupó los tres pasos de los lagos del Norte, la posición defensiva citada y adelantó sus tropas hacia el S. O. hasta la línea Thalussen-Neuendorf. Si un ataque envolvente a la última posición hubiera impuesto la retirada, ésta hubiese conducido a una catástrofe, porque las dos carreteras por las que tenía que verificarse atraviesan los pasos situados al Este y Oeste del lago de Lyck batidos por todo el fuego del enemigo en su extenso avance.

Disponían los alemanes para el ataque de tropas de Pomerania, de la Prusia oriental y de la Landwehr y entre ellas de núcleos importantes del cuerpo de ejército de Falk, que después de rechazar a los rusos de Bialla cambió de dirección hacia el N. y avanzó por Drygallen contra Lyck. Ajustándose a las condiciones del terreno consistía el plan de ataque alemán en un movimiento envolvente por el N. O., E. y S. O., atacando los cinco pasos de los lagos y sus carreteras de acceso. Mas para poder ejecutar con éxito y sin excesivas bajas el ataque desde el N. O. era preciso apoderarse previamente de la línea Thalussen-Neuendorf, había que arrojar contra los dos pasos de los lagos del S. al enemigo que se hallaba al S. O. de la ciudad y proteger entonces, flanqueándolo con fuego de cañón, el ataque del N. Se encomendó esta misión a las tropas de Falk y especialmente a la brigada Buttler. El ataque se ejecutó el día 12 empujando al enemigo contra los pasos. El 13 atacaron los del N. un cuerpo y la división de la Landwehr: en el pueblo de Wozzellen, en el central de los tres pasos, la lucha fué sumamente violenta. Después de una vigorosa preparación por la artillería desde Grabnick, el regimiento de fusileros número 33 consiguió asaltar Wozzellen y conservarlo, haciendo 300 prisioneros. Así añadió el regimiento nuevos laureles a su corona de gloria de Gumbinnen y Tannenberg.

Con el asalto de Wozzellen nos apoderamos de la llave de la posición defensiva rusa. En la mañana del 14 la lucha tuvo por principal objeto los pasos situados al E. y O. del lago de Lyck. Los rusos tu-



vieron por fin que abandonar también estas posiciones. Grandes fueron las bajas del enemigo, numerosos los prisioneros y mucho el material apresado. Los restos de las tropas siberianas, en plena disolución, se desbordaron hacia el E. abandonados a su sino que los alcanzó en el bosque de Augustowo. El éxito en Lyck fué también completo y constituyó una brillante victoria.

Los combates de Lyck tuvieron una importancia especial porque fueron reñidos a la vista de nuestro Emperador. Terminaron con una escena conmovedora e histórica: el Emperador en la plaza del mercado de Lyck rodeado de sus triunfantes y gloriosos fusileros del regimiento número 33 y detrás de éstos centenares de prisioneros rusos del lejano oriente

en su desbandada, llegar a territorio ruso. Le alcanzaron pero no podían escaparse. Tropezaron pronto nuevamente con fuerzas alemanas que les pisaban los talones y los que hasta entonces habían escapado a la muerte cayeron prisioneros. El círculo de hierro alemán se había cerrado cada vez más en torno de los restos del ejército ruso. El 15 de febrero, Eichhorn estaba en Seyny, Below en Suwalki y Raczki, Litzmann en Augustowo. Las fuerzas de Eichhorn y Litzmann cerraban las líneas de retirada y el bosque de Augustowo. El resultado de la formidable lucha fué el siguiente: 110,000 prisioneros, 300 cañones, 200 ametralladoras y un inmenso material de guerra. Por tercera vez había destruído Hindenburg todo un ejército ruso. El bosque de



General de infantería von Below, que dirige las operaciones de Curlandia, con su Estado Mayor

asiático. Y alrededor muros hundidos, ruinas humeantes, la iglesia destrozada. ¡Queda tan sólo en pie el monumento de la guerra de 1870 con el ángel de la paz y la cruz de hierro! Pero hay también otra cosa que perdura a través de los siglos y que hoy resplandece de nuevo con vivísima luz: la lealtad alemana, la adhesión del alemán a su príncipe, la lealtad del príncipe para su pueblo. Los soldados barbudos, maltrechos y ensangrentados saludan a su Emperador con un triple «Hurra» con el «Heil Dir im Siegerkranz» y con el «Deutschland, Deutschland, über alles». Y el Emperador hablando con sus fieles soldados les dirige palabras de gratitud y reconocimiento por su abnegación y valor y les habla palabras de ardiente patriotismo. Y en ese patriotismo, en el amor a la patria alemana se unen todos los corazones y el corazón del Emperador. Quien haya presenciado esa escena, que no la olvide; jamás podrá ser testigo de otra más solemne!

#### RESULTADO TOTAL

La última resistencia de los rusos quedó rota en Lyck; las tropas siberianas allí batidas procuraron,

Augustowo fué el sepulcro de los restos del ejército ruso que allí llegaron extenuados y famélicos. El 15 de febrero ya no quedaba un ruso en tierra alemana; su 10.º ejército también había dejado de existir.

Se había reñido una nueva batalla de Canas, un nuevo Tannenberg con un campo de batalla de una extensión hasta entonces desconocida. En la batalla de Leipzig alcanzaba la posición francesa unos cuarenta kilómetros de extensión, en esta batalla de Masuria el frente ruso era de 165 kilómetros. Allí lucharon 200,000 aliados contra 140,000 franceses, aquí 250,000 alemanes contra 220,000 rusos; entonces fracasó el movimiento envolvente, ahora tuvo un éxito completo apesar de la nieve y del hielo, de la lluvia y el deshielo....

#### LOS FERROCARRILES DE TURQUÍA ASIÁTICA

Cuando por efecto de los triunfos alemanes en la Galizia, Polonia, Volynia y Curlandia, fué un hecho concluyente la anulación por tiempo indefinido de las aptitudes ofensivas del coloso ruso, el gran problema estratégico del empleo de la línea interior,



tan acertadamente desarrollado por el Estado Mayor alemán, entraba en la fase que con mayor ansiedad atraía la atención universal, porque el instinto de las muchedumbres en todas las naciones presentía que las decisiones ulteriores del que ha tenido en su mano las iniciativas todas de la presente guerra habrían de imprimir a las operaciones futuras un carácter eminentemente decisivo.

¿Irá la oleada austro alemana contra Francia o contra Italia?, era la interrogación universal. Nadie podía presumir que en la famosa península balcánica estuviera la clave del enigma.

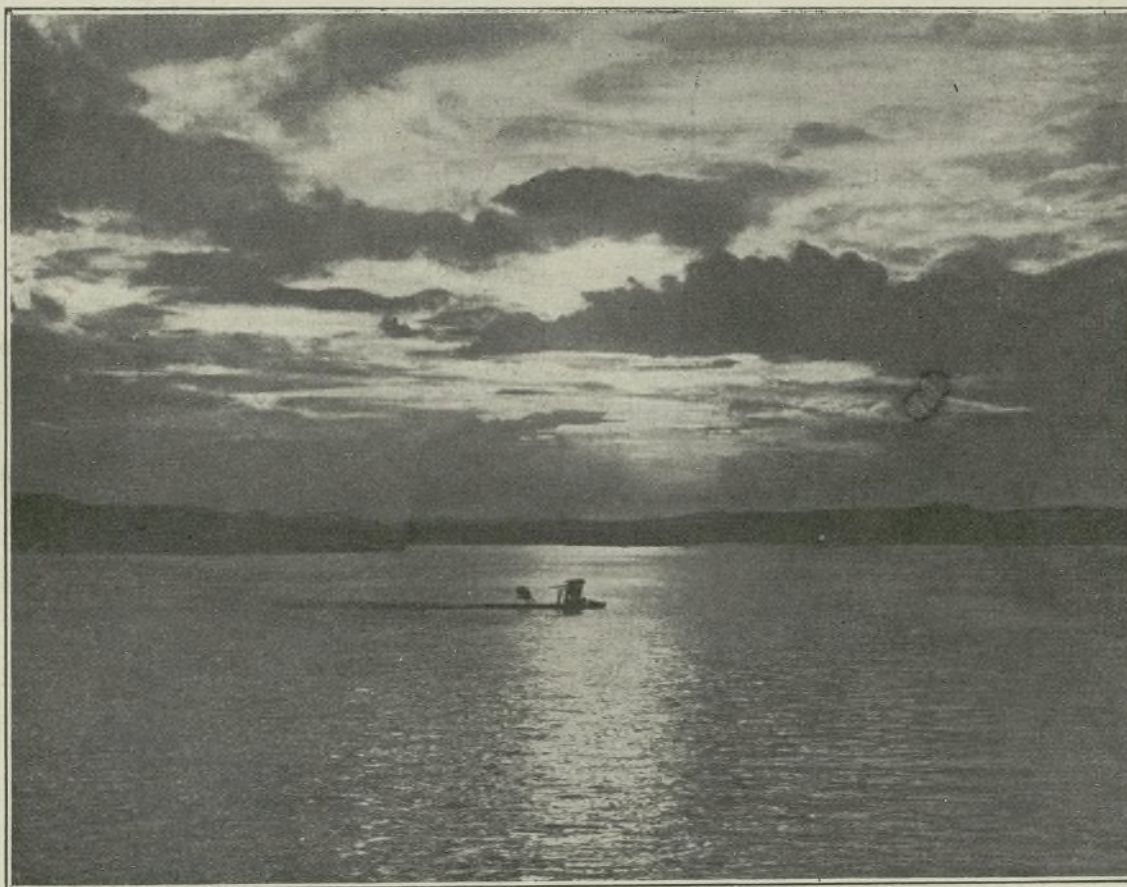
Y era natural que la formidable expansión germánica, al llegar a su máxima culminación rompiera por el lado de menor resistencia, que no en vano

yados en este gran esternón de la Turquía asiática. «Smyrne-Cassaba et prolongements».—«Damas-Hamah et prolongements» son ramales relativamente cortos de ferrocarriles franceses y la vía independiente. Smyrna Aidin-Diner es inglesa.

Desde Damasco arranca el ferrocarril del Estado turco llamado Hedcha hasta Medina y La Meca, y es el de importancia estratégica más acentuada en los actuales momentos.

Una ligerísima descripción de la traza y condiciones de estas vías férreas será muy conveniente para aclarar conceptos en los instantes críticos que atravesamos.

El ferrocarril de Bagdad que constituye una diagonal de Turquía asiática, de 2,500 km. de longitud



Un hidroavión austriaco, en el momento de emprender el vuelo

Alemania ha estado preparando años y más años, con toda clase de esfuerzos y sacrificios la comunicación directa y rápida entre las costas del Báltico y las del Golfo Pérsico.

Con el pretexto de auxiliar a Turquía en la empresa de consolidarse en el Asia Menor, compensando de esta manera su expulsión de Europa, logró Alemania intervenir con su inteligencia y sus riquezas en la construcción de las vías necesarias para poner en provechosa actividad los enormes recursos de aquel vastísimo territorio.

El ferrocarril de Oriente (Viena-Belgrado, Sofía-Constantinopla) está administrado por una sociedad con capital austriaco.

Al otro lado del Bósforo, frente a Constantinopla, la estación Haidar Pachá es el punto inicial del ferrocarril de la Anatolia que se prolonga desde Konia hasta Bagdad y ambos han sido construídos por la banca alemana, lo mismo que los ramales apo-

total, contornea desde Haidar Pachá el Golfo de Ismid, y con pendientes de 1 por 40 sube a la meseta de Anatolia de suelo muy fértil y poblada principalmente por los turcos expulsados de Europa.—En el borde S. de esta meseta se eleva el Taurus, que atraviesa la vía por un paso de 1.400 metros de altitud para descender, mediante numerosas obras de arte y más de 50 túneles, a las riquísimas vegas de Cilicia.—Desde éstas el trazado más corto y económico hubiera sido a lo largo de la costa del Golfo de Alejandreta, pero la previsión teutónica no había de entregar su obra predilecta a los fuegos de una escuadra y prefirió el rodeo por el N. de los montes Amanus a más de 100 km. hacia el interior y perfectamente a cubierto de todo ataque del lado del mar, llegando así a Aleppo, ciudad de 230,000 habitantes en la gran llanada de Siria, centro principalísimo de comercio entre la Mesopotamia, la India y todo el Oriente.



La continuación de la vía hasta Bagdad se verifica desde la estación de Moslemije, a 14 kilómetros al N. de Aleppo, y corre al E. por la estepa de la Mesopotamia, donde cruza el Eufrates, va a buscar en Mossul el Tigris, cuyo curso sigue a través de riquísimos yacimientos de petróleo hasta Bagdad, la más suntuosa residencia de los califas de otro tiempo.

Dificultades opuestas por Inglaterra impidieron que esta vital arteria llegara al Golfo Pérsico, y como el Tigris desde Bagdad es navegable, no hubo precisión material de continuar las obras, por más que se estudió un trazado de vía para comunicar por el Eufrates con Basra, sobre el Chat el Arab, puerto de la Mesopotamia, en el centro de una de las regiones más ricas del globo.

Aunque de una sola vía, el ferrocarril de Bagdad está construido para la velocidad máxima de 75 kilómetros, y el recorrido desde Haidar Pachá hasta Aleppo dura 26 horas y hasta Bagdad 42.—La zona de influencia de esta vía llega a todos los extremos del Imperio otomano, ya directamente o por medio de ramales.

Entre éstos merecen especial mención el de Eski Chehir a Angora (264 km.) hacia el E. y forma el primer tramo del ferrocarril de la Armenia, cuya continuación hasta Erzerum fué impedida a raíz del primer viaje de Poincaré a Rusia, y mediante un convenio secreto de esta nación con Turquía para que sólo con capitales rusos u otomanos pudieran emprenderse las correspondientes obras, lo cual equivalía a un aplazamiento indefinido.

A falta de esta comunicación directa con la Armenia se está construyendo un ramal desde Nisibin, sobre la vía de Bagdad en la Mesopotamia, hacia el Norte por el Kurdistán y el Taurus armenio hasta Karpuz y de esta manera no quedará desamparada la provincia de Armenia que es el foco de todas las codicias de Rusia, porque sabe muy bien esta nación que conquistándola, ocasionaría la caída del Imperio otomano.

En 1900, el sultán Abdul Hamid concibió el atrevido plan de llevar a La Meca por ferrocarril las caravanas de peregrinos que tenían que hacer todos los años un penoso viaje de 40 días de duración. Utilizó para ello cuantiosos donativos de todo el mundo mahometano y determinados impuestos, disponiendo que los trabajos los ejecutaran las tropas de ferrocarriles del ejército otomano bajo la dirección técnica del ingeniero alemán Meissner Pachá.

El punto inicial es Damasco, capital de la Siria y centro intelectual y político de la Arabia. La ciudad está unida con el puerto de Beirut por medio de un ferrocarril de montaña que atraviesa, a costa de muchas dificultades, la cordillera del Líbano.

A medida que fué progresando la construcción de las grandes vías de La Meca y Bagdad, se sintió la necesidad de enlazarlas, y esta finalidad cumple el ramal de Damasco a Aleppo (400 km.) cortando los contrafuertes del Antilíbano y destacando al Oeste un tramo en la ciudad costera de Trípoli.

La vía de Hedcha, llamada así por la comarca de la Arabia que atraviesa, va hasta Deraa por llanuras feracísimas pero entra poco después en el pedregoso desierto de la Siria, no disponiendo en todo el tra-

yecto de 1,200 km., hasta Medina, más que de cinco oasis con manantiales abundantes. Esta escasez de agua es la causa principal de todas las dificultades en su construcción y explotación. A pesar de llevar los tenders de las locomotoras provisión de agua para 90 km. hubo que construir depósitos a lo largo de la vía, que se llenaban con los vagones cisternas.

La vía es estrecha y se recorre entre Damasco y Medina en 60 horas con una velocidad media de 25 kilómetros. Los trenes de peregrinos contienen 700 personas y circulan seis trenes diarios durante cuatro semanas. Un batallón en pie de guerra necesitaría tres trenes y el mayor rendimiento sería de ocho a nueve trenes diarios.

Tal como quedó dispuesta la vía para el exclusivo objeto de las peregrinaciones y necesidades del tráfico civil y habida cuenta de la falta de agua y las dificultades para su abastecimiento, es muy cuestionable su utilidad para el caso de una gran expedición militar contra Egipto. Para sofocar las revueltas del Yemen, para sostener el prestigio militar de Turquía contra las tribus de beduinos, auxilió perfectamente la acción del mando.—Después de un año de guerra europea, y cuando ya se ha tanteado la invasión de Egipto, es de suponer que en esta vía se habrán introducido notables mejoras, con el propósito de aumentar su rendimiento.

El tercer enlace con la costa desde Deraa a Haifa atraviesa el Jordán a 250 metros bajo el nivel del mar. Ni este través ni ninguno de los dos anteriores disminuyen las perfectas condiciones de seguridad de la vía ante desembarcos.

Existió el propósito de destacar un ramal desde esta vía férrea entre la estación de Maan y Akaba, puerto del Mar Rojo en la frontera de Egipto. Inglaterra se opuso a ello rotundamente. Probable es que hoy esté en ejecución el proyecto.

Infírese de estas sumarias noticias sobre los ferrocarriles turco-asiáticos la enorme trascendencia de la comunicación Viena-Belgrado-Sofía-Constantinopla.

Toda la rica savia de inteligencia, orden y disciplina de los Imperios centrales afluirá hacia el Oriente en beneficio de pueblos y razas que a pesar de sus energías y riquezas yacen aletargados, porque les falta una voluntad firme que les señale objetivo y dirección. Establecido íntimamente el contacto entre Europa y Asia a través de los Balkanes, estos ferrocarriles turco-asiáticos que llevan hoy una vida efímera por la falta de material y personal técnico, adquirirán pleno desarrollo y servirán no solamente para nutrir la vida industrial de las grandes potencias centrales, sino también para desenvolver hasta un punto fabuloso elementos de fuerza, aún ocultos y desconocidos.

La guerra no terminará por ahora con el agotamiento de Alemania y Austria, y así debemos reconocer que el objetivo Constantinopla es más grandioso y genial que los de Dunkerque y París.

MARQUÉS DE ZAYAS



## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El secreto de Lord Kitchener

(El señor B).—¡Albricias, don Subrio! Lord Kitchener ha salido de Londres!

—¿Le han expulsado? ¿Ha tenido miedo a los zeppelines? ¿Se ha puesto enfermo?

(El señor B).—¡Nada de esto! Ha partido por su gusto, con una comisión reservada, delicada, difícil y de éxito seguro e inmediato. ¡El triunfo es nuestro!

—Me descubro, señor B.: ignoraba que fuese V. un personaje tan importante que conociera todos los secretos de la diplomacia. ¿Quién le ha puesto a V. en autos, no móviles, como dicen los malos abogados? ¿Habrá sido Barrés, Maurras, Gracián, Delcassé, Grey, o tal vez el señor Calatínos? ¡Estoy impaciente por saberlo!

(El señor B).—No es menester ser lince para adivinar el motivo; se trasparenta en todos los periódicos, y yo lo había ya comprendido. A poco que V. reflexione lo sabrá también, y se echará a temblar por los alemanes.

—No sólo tiemblo, sino que tiritó, porque me ha dejado V. helado, más que frío. ¡Ha emigrado Kitchener, y V. se alegra! ¡Dios mío, qué cambios da el mundo y qué mudanzas sufren los hombres! ¡No se alegró poco Icaro, antes de dar con su mollera en los guijarros del arroyo! ¿Le ha sugerido a V. el gozo el chistoso *Temps*, *Il Popolo Romano* o el *Daily Mail*? ¿No habrá sido Venizelos?

(El señor B).—¡Engordar para morir, don Subrio! Ahora mucha chacota, y cuando V. sepa de qué se trata derramará más lágrimas que un cocodrilo, y V. perdone la comparación. ¡Pobre don Subrio, me infunde V. lástima!

—¿Cómo? ¿Acaso tengo algún parecido con Delcassé, o con Grey, o con sir Jon Hamilton, o con el Gran Duque, a quien tanto echo de menos desde que se marchó al Cáucaso? ¿Por quién me ha tomado V., señor B?

(El señor B).—Por un señor infeliz, bonachón y cándido, que se empeña en cerrar los ojos a la realidad. ¿Conque, el fracaso de Inglaterra? ¡Ja, ja!

—¿Se ha vuelto V. loco, señor B? ¿A dónde va V. a parar con esas incoherencias?

(El señor B).—Incoherencias además? *Requiescat in pace*, don Subrio! ¡Ja, ja!

—Y además latino! ¡Dios nos coja confesados! ¿Ha desaparecido Inglaterra víctima de un terremoto? ¿Ha ardido Londres? ¿Han entrado los japoneses en Calcuta? ¿Han llegado triunfantes los rusos a Moskú o los franceses a...?

(El señor A).—¡Basta, caballeros! ¿Vamos a perder la tarde o qué? ¿Quiere V. desembuchar, señor B., y V., don Subrio, guardar silencio? ¡Están ustedes dejados de la mano de Dios!

—¡Como que nuestros representados se están repartiendo lo mejor del territorio de los amigos de V.; sin duda estamos entregados al diablo!

(El señor A).—¿También conmigo? ¡Adiós! O entran ustedes en materia, o me voy. ¿No es hora de que nos ocupemos en algo útil o de actualidad?

(El señor B).—Por mí, de buen grado; pero no hay medio de entenderse con don Subrio.

—V. tiene la culpa, por resistirse a declarar el misterio de Lord Kitchener.

(El señor B).—Averíguelo V.; es el menor castigo que puedo imponer a su locuacidad.

—¿Va a ser ello un juego de prendas? Por si acaso, habiendo ingleses por medio, no entregaré arras. No vaya V. a confundirlas con Arras, señor B.

(El señor B).—Comencemos. ¿Qué cree V. que se propone Lord Kitchener?

—Vamos por partes. Primero, ha estado en París; su primera visita habrá sido a la tumba de Napoleón; nada le podía interesar más.

(El señor A).—¡Para pasatiempos y recuerdos históricos está el noble Lord!

—No fué tal el objeto de su visita. Quiso cerciorarse de si el caudillo estaba bien muerto y enterrado, y si el sepulcro tenía echadas las llaves; porque si el guerrero inmortal resucitara ¡adiós *entente* y adiós Inglaterra! ¡no es mal tante en pie la que le daría, sazonado con submarinos y dirigibles! Tranquilo por este lado...

(El señor B).—¿No visitó el sepulcro de Juana de Arco? Se ha contentado V. con poco!

—Los ingleses no se preocupan de la *doncella de Orleans*. La quemaron viva y aventaron sus cenizas, y desde entonces aún no han tenido tiempo de recogerlas los franceses; por eso andan tan desorientados. ¿Voy adivinando?

(El señor B).—Si en sus negocios tiene V. tanta habilidad como en esto ¡arrójese V. al mar, don Subrio, con una gran piedra atada al cuello!

—Al mar es a quien tengo menos miedo, porque me salvarían los submarinos alemanes. ¿Podría V. decir lo mismo, querido adversario?

(El señor A).—Desde París ¿a dónde ha ido el ministro o ex-ministro de la Guerra?

—Al Isonzo, a mirarse en aquellas aguas y embellecerse, para presentarse luego a los griegos, que en estas cuestiones estéticas son muy mirados.

(El señor A).—Sólo estuvo en el Isonzo? ¿No habló con los italianos?

—¿Para qué? Tampoco le habrían hecho caso. Los italianos cultivan la retórica y la poética, gracias a Annunzio, y los ingleses gustan más de las libras que de los libros. ¿Voy bien encaminado, señor B? ¡Sea V. sincero!

(El señor B).—Envidio su inventiva, don Subrio. ¡Qué ingenio tan mal aprovechado! Estoy deseando saber dónde irá V. a parar.

—A Grecia, a preguntar si allí se acuerdan de lo que dijo Lord Byron, el cojo insigne, de sus compatriotas los ingleses; de paso me enteraré de lo que opinan los griegos acerca de la protección británica sobre las islas helenas. En Grecia la parada tendrá que ser larga, porque abundan los peces en aquellas aguas, y tal vez convenga establecer alguna pesquería, aunque sea pagándola a buen precio. Lo malo es que los peces más gordos, como se les ha hecho imposible la vida en el mar, han abierto las agallas y se han refugiado en tierra firme. Los ingleses huyen de la tierra firme como del Kaiser, porque en ella los anzuelos no sirven.

(El señor B).—¿Se cree V. gracioso, don Subrio? No le ha llamado Dios por este camino.

—Tampoco es gracioso el centenario *Temps*, y sus chocheos me hacen reír; y si no me ha llamado



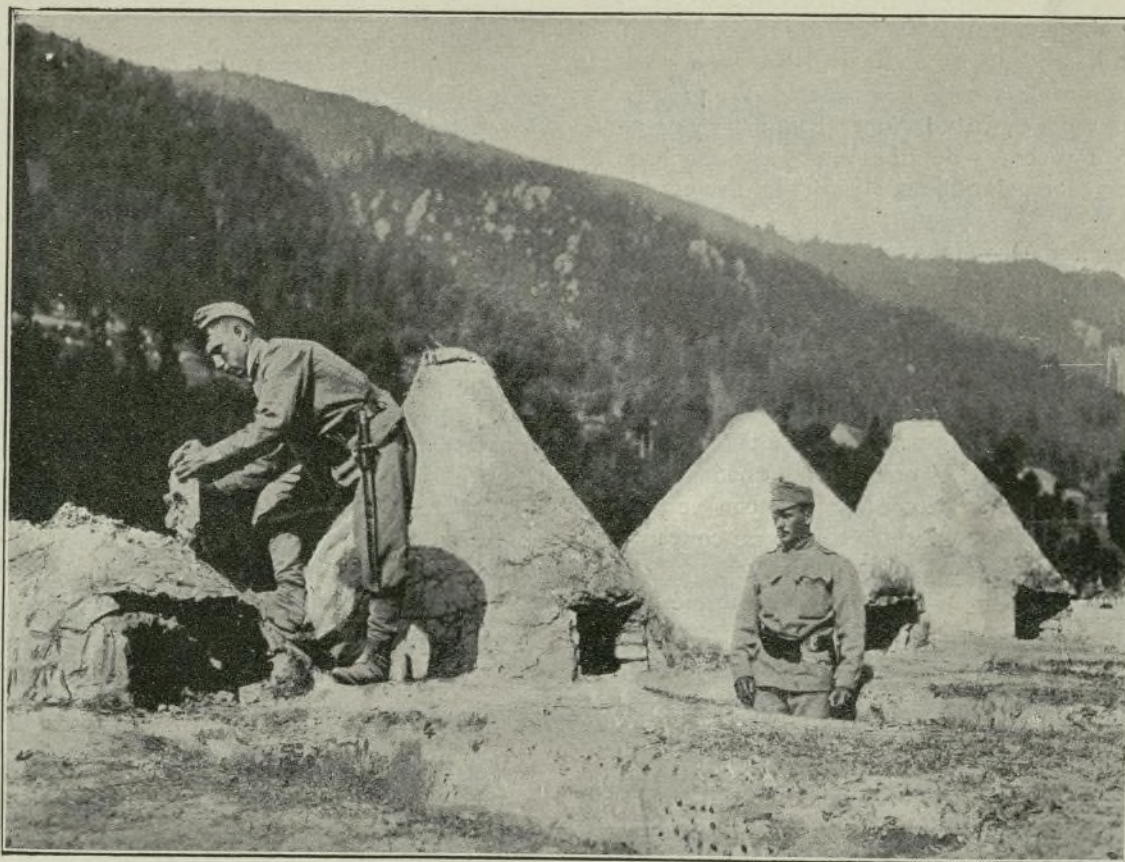


Praga, el arrabal de Varsovia, entregado a las llamas por los rusos, visto desde el Hotel Bristol, de Varsovia

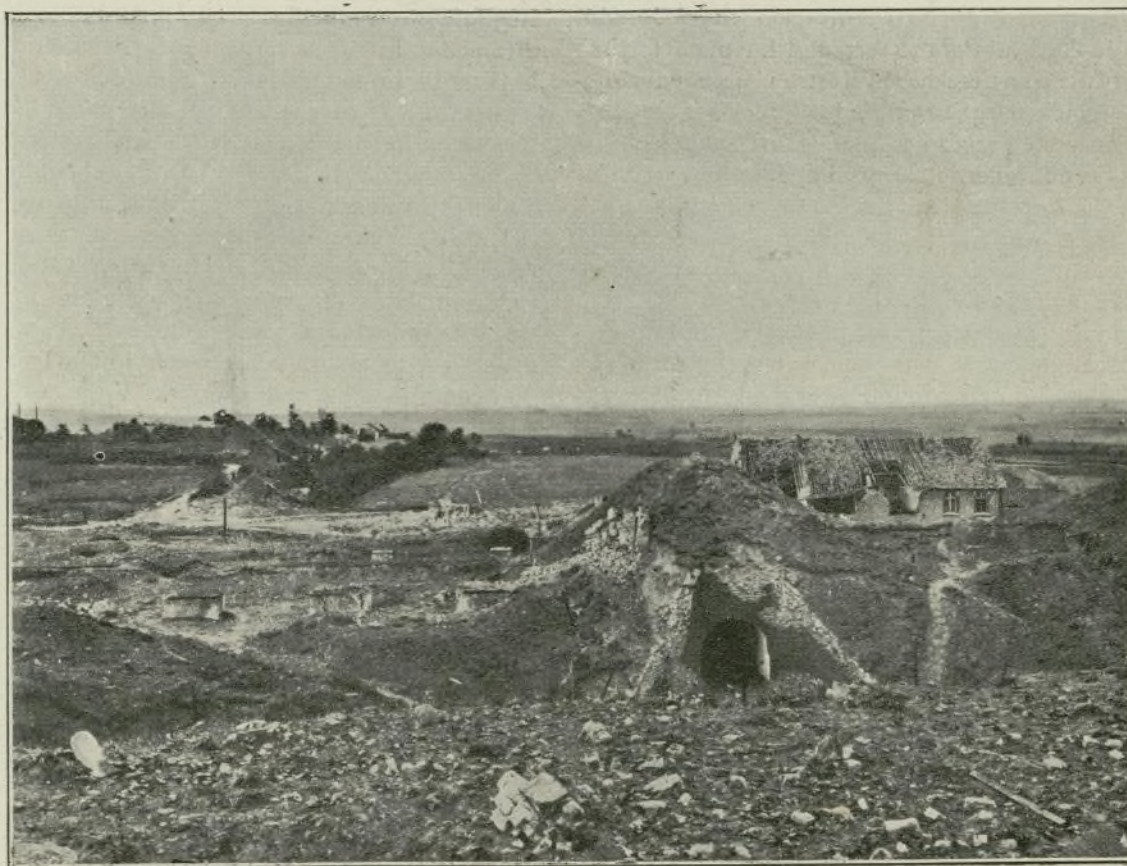


La plaza de Sajonia, en Varsovia. En el fondo se ve la catedral ruso-católica





Hornos austriacos de pan en el Isonzo



Vista general de un campo de batalla en el N. de Francia



Dios por este camino, me ha llamado por otro; ¿me quiere V. decir quién ha llamado a Combes? Y al mismo Kitchener ¿quién le ha invitado a pasearse por el mundo? No me compadezca V., porque en estos tiempos de tribulaciones británicas y de penitencias francesas y de libertades rusas, se hace lo que se puede, aunque sea el ridículo. ¿No es verdad, señor A?

(El señor A).—Hablabas V. de Kitchener y saca a colación a los franceses; aún se atreve V. a preguntarme?

—Crea V. que lamento en el alma del señor B, que los franceses hagan colación, en vez de regodearse con las exquisiteces de Savarín; pero yo no tengo la culpa. Los unos les han quitado el apetito y el Champagne, y los otros se han quedado con las buenas tajadas; han de conformarse con verduras y agua, con lo cual no desmerecen en mi concepto; lo mismo han comido todos los penitentes.

(El señor A).—¿Desea V. que yo también salte, don Subrio?

—Según hacia dónde, sí, señor; pero no me dará usted este gusto. Sigamos con Kitchener, el cual se traslada desde Grecia a Egipto, y sin volver a pasar por los lugares en que murió el general Gordon, y que cimentaron la fama; bien ganada, del actual ex-ministro, se da un paseo por el canal de Suez, y comprueba que por ahora sigue siendo canal; en Inglaterra temían que se hubiera tornado itismo, como antes. Hace un amistoso gesto de adiós al Cabo (este cabo se llama de la *antigua Esperanza*) y toma la ruta de Mesopotamia. ¿Acierito?

(El señor B).—Reconozco que en el itinerario no anda V. muy equivocado.

—Nos encontramos en la Mesopotamia; ¡qué bien sienta un baño de purificación en el Jordán, antes de llegar al Paraíso terrenal! La mala fortuna no permite que descanse el ilustre viajero en aquellos vergeles, porque rondan los turcos por los alrededores, y bien sabido es que los turcos huelen a las hogueras del infierno, como si dijéramos a chamusquina. El Lord no tiene tiempo de encontrar la famosa manzana de Eva, sino otra muy parecida; con las prisas, no se fija y la factura a su país: ¡es la manzana de la discordia! Llegamos a la India, pero sus habitantes, exaltados por las predicaciones y las proclamas inglesas, se han hecho tan valientes que ¡cualquiera se mete con indios bravos! Aún le queda carbón al barco, y como el *Emden* ha dejado de surcar aquellos mares, no hay peligro en proseguir la navegación. ¿Descarrillo o voy bien orientado?

(El señor B).—Está V. en el punto crítico; lo mismo puede acertar que desbarbar.

—No lo diré V. por mí, toda vez que yo estoy sentado cómodamente, contemplando la espléndida cabellera de V., que tan bien me vendría a mí. Perdóneme la alusión, y emprendo la etapa final. Al Norte nos miran con ojos atravesados y los semblantes están verdes, síntomas de cólera, asiático por más señas, y conviene pasar de largo; en Australia han vuelto a la ganadería y a la agricultura, y como hay muchas viudas, el Lord no se atreve a desembarcar; no crean Vds. que por temor a pagar los huesos, digo, los platos rotos, sino porque se encuentra en estado de merecer. Los mahoríes atruenan con sus lúgubres *tabú, tabú*, y el ex-ministro, perseguido por

el trágico espectáculo que le acosa desde antes de salir de Londres.....

(El señor A).—Esto es un *lapsus*; querrá usted decir, después.

—¿No es trágica la escena de los incendios provocados por las bombas de los zeppelines y el cuadro que ofrecen los hospitales? Pero, lo más trágico, lo más espantoso, es que Miss Panhurst, la célebre sufragista, se va a salir con la suya, porque por falta de hombres se concederá el voto a las mujeres. Si los *ingleses* son temibles, ¿qué no serán las *inglesas*? Por fin, el Lord arroja los pelillos a la mar, y valiéndose de la radiotelegrafía expide un mensaje a Inglaterra, mensaje que todo el mundo aguarda con impaciencia: ¡es nada menos que el secreto de Lord Kitchener!

(El señor A).—¿Cuál es ese secreto, alguna broma de V?

—Está escrito en buen romance español, para que resulte más claro: no contiene más que estas palabras: «¡Ahí queda eso!»

SUBRIO ESCÁPULA

## LA BATALLA DECISIVA DE VILNA

En tiempo de paz, el pueblecillo de Meiszagola apenas es visitado por nadie. Sus casas irregulares y su linda iglesia, rodeada por un tranquilo cementerio, están destrozadas e incendiadas. Sus ruinas señalan el sangriento ángulo de la defensiva rusa delante de Vilna y el asalto alemán 30 kilómetros al N. O. de Vilna, en el camino de Vilkomir. Aquí se encontraban dos divisiones de la famosa Guardia Imperial rusa. Los alemanes se batieron bravamente. Regimientos reducidos a compañías y compañías diezmadas, fueron la consecuencia del asalto contra la Guardia Imperial del Czar, pero son indiscutibles la bravura y la pericia con que afrontaron la muerte y ganaron la batalla, una de las batallas decisivas de la guerra y la llave de la ofensiva de Hindenburg, que arrojó a los rusos de Vilna y de Lituania, y puso el fruto en manos de los alemanes.

He llegado aquí unas tres semanas después de concluida la batalla, que empezó el 2 de septiembre y se desenvolvió con grande intensidad hasta el 12, día en que la Guardia derrotada inició la retirada que condujo a la rendición de Vilna, el día 18. Ahora vuelve a brillar el sol de la paz sobre los lugares de aquellas terribles escenas. El paisaje es alegre y muestra las doradas tonalidades del otoño. Los árboles, flores y arbustos harían olvidar la guerra, si a cada momento no se tropezara con alambradas, trincheras, tumbas, despojos y los hoyos abiertos por proyectiles gigantescos, porque el campo de batalla es un verdadero vergel. El aire cálido del otoño no trae al oído los cantos de los pájaros; sólo se ven bandadas de cuervos que se posan en los abedules, de dorada hojarasca, y algún pajaraco que registra los campos en busca del festín que le brinda la batalla.

El vértice real del sangriento ángulo está cinco kilómetros al N. O. de Meiszagola, a los pies de la altura 154, donde los alemanes y los rusos combatieron durante diez días, con tenacidad inaudita, en un estrecho y sombrío valle. La historia de los com-



bates y batallas se refleja en las fechas de las sepulturas que marcan el teatro de la lucha, porque las tumbas demuestran la triste suerte de millares de alemanes y rusos, que duermen el sueño eterno en los mismos puntos donde cayeron. Todavía hay muchos por enterrar, a pesar de las investigaciones de los soldados alemanes, que entierran los cadáveres en los lugares donde yacen, a menudo sin poderlos identificar. En las tumbas sólo aparece esta inscripción: «Aquí reposa un guerrero alemán», con un casco sobre la cruz.

Mientras recorremos los floridos campos, el capitán de Estado Mayor que me acompaña exclama con entusiasmo: «Este es un terreno ideal para combatir. Estas colinas suaves son las más apropiadas para atrincherarse. Mire V. cuán bien se domina el terreno desde ellas. Observe V. cómo desaparecen en el conjunto del paisaje y cuán difícil es verlas a corta distancia. Admirables trincheras son éstas, de los rusos. Se parecen mucho a las japonesas. No perdonaron medio para hacerlas inexpugnables. La Guardia Imperial estaba a la defensiva. La mejor demostración de que se portó bien, está en todas esas tumbas».

Según las inscripciones funerarias, el primer tiro se disparó el 1.º de septiembre, porque un bravo ciclista cayó aquel día, al efectuar un reconocimiento en la falda de la colina 154. Al siguiente día, los alemanes asaltaron la colina y arrojaron a los rusos hacia el E., posesionándose de la excelente red de trincheras; enseguida, reconstruyeron las posiciones rusas en la cresta, de modo que hicieran frente al Sur, en lugar del N., como antes, y establecieron alambradas espinosas para prevenirse contra las sorpresas.

La línea rusa corría a la sazón al N. y al S. El general von Eichhorn comenzó la labor de hundir el frente ruso en este pivote, arrojando su ala izquierda contra la derecha rusa, y empujándola lentamente hacia Vorniany. Entre tanto, el Gran Duque fué relevado y el Czar tomó el mando, que ejerció de hecho el general Ruszky. Este situó dos divisiones de la Guardia (30,000 hombres) en el vértice del ángulo, para contener a los alemanes y hacer posible el despliegue de una masa de 500,000 á 600,000 rusos entre Vilna y el Este. La Guardia cumplió con su deber, pero no pudo resistir el ataque del cuerpo de von Litzmann. Tres veces los rusos se lanzaron al asalto de la ladera S. E. de la colina 154, a través de la carretera y de la estrecha llanura, para recobrar aquella posición; una vez llegaron a los bosques de la cresta, después de una lucha cuerpo a cuerpo, pero fueron rechazados. Despojos alemanes y rusos cubren aún el campo de batalla.

La artillería alemana hizo estragos en las trincheras rusas. Abrió tremendos embudos en las alambradas, hundió los abrigos a prueba de bombas, y extendió la muerte en los caminos subterráneos. Finalmente, el día 12, los alemanes asaltaron las trincheras rusas, partiendo de lo alto de la colina. Bajo una lluvia terrible de proyectiles, descendieron de la altura y, por un momento, se detuvieron al abrigo de los desmontes de la carretera, para recobrar el

aliento, junto a las trincheras rusas más avanzadas; éstas fueron conquistadas desde luego, y prosiguió el avance hacia la línea principal, distante 200 metros, defendida por una doble alambrada espinosa; las granadas alemanas precedían a la infantería atacante. Las ametralladoras rusas fueron las armas de más destructores efectos. Al llegar los alemanes a la posición principal, les recibió un espantoso fuego de las ametralladoras, y no pudieron avanzar, porque las balas de las máquinas alemanas barrían el terreno inmediatamente a vanguardia. Hubo un momento de vacilación; las reservas se movieron en apoyo de la primera línea, pero, cuando llegaron, ya se retiraban los rusos y evacuaban Meiszagola. El ángulo sangriento estaba en poder de los alemanes; más de la mitad de la Guardia rusa quedó tendida en el campo, y el resto se replegó sobre Vilna. La batalla decisiva había terminado victoriosamente para los alemanes. Todavía se prolongó el combate cinco días más, antes de que los rusos fueran arrojados de la ciudad. En la mañana del día 18, los alemanes entraron en la capital de Lituania.

Los pobres campesinos rusos regresan a sus hogares destruidos de Meiszagola, y roturan los campos alrededor de las tumbas y trincheras, porque el invierno se aproxima. En las ruinas de la iglesia, que está en la cúspide de la colina, y que fué cañoneada primero por los alemanes para arrojar a los rusos, y luego por éstos para desalojar a aquellos, vi dos mujeres arrodilladas en las gradas del altar, orando ante una Virgen sin cabeza; una de ellas lloraba, no sé si por haber perecido su marido, su hermano o su hijo, o por ver destruida su linda iglesia. Una granada atravesó la torre, y otras dos hundieron el techo y destrozaron los muros y las esculturas. El pavimento está cubierto de paja, sangre y vendajes, porque durante la batalla se utilizó la iglesia como hospital de sangre.

El cementerio que rodea la iglesia ha sido removido como por un terremoto. La casa del cura, a uno de los lados, sirve ahora de almacén de los despojos del campo de batalla: granadas, estalladas o sin estallar, fusiles, bayonetas, equipos, y el sargento encargado nos enseña una granada de 13 centímetros, alojada, sin estallar, en un pedazo de tronco de árbol. El más leve descuido causaría la muerte del imprudente, por lo que se ha establecido una valla para impedir que lleguen a la casa del cura los niños del pueblo, que juegan entre las ruinas. Más cerca de Vilna, contemplé el cementerio sobre el cual pelearon alemanes y rusos durante la retirada del día 15; los rusos se habían atrincherado detrás de una tapia de piedra al S., y los alemanes estaban al N., pero los primeros fueron atacados de flanco y tuvieron que huir. Entonces, se reanudó la lucha alrededor de la iglesia ortodoxa de Bubisky, y así se fué trasladando el frente hacia el E. y S.E., de cresta en cresta, hasta las alturas del Vilia, consiguiéndose meter a los rusos en Vilna y desalojarlos en seguida de la plaza.

OSWALD SCHÜTTE

(Del *Chicago Daily News*).



## CRÓNICA MILITAR

I. Métodos de instrucción de las nuevas formaciones militares inglesas.—II. Caracteres distintivos de la ofensiva de los varios beligerantes.—III. Las operaciones en Rusia.—IV. La situación el 20 de noviembre

### I.—Métodos de instrucción de las nuevas formaciones militares inglesas

Confiada Inglaterra en su envidiable situación geográfica y en la seguridad que le daba su formidable marina de guerra, creyó que le bastaba un ejército eficiente para las campañas coloniales. No preveía el caso de tener que intervenir, con fuerzas numerosas, en los campos de batalla europeos, por entender que su hábil diplomacia sabría encontrar el medio de que otros países prestasen el apoyo militar que necesitase el Imperio; en todo caso las tropas inmediatamente disponibles en la metrópoli, bastarían para inclinar la balanza en el sentido deseado. La historia de tres siglos había demostrado el acierto de este punto de vista; y como Inglaterra llegó a olvidar la posibilidad de verse amenazada en sus fundamentos, poco a poco cundió cierto desprecio hacia las instituciones militares de las Potencias mejor organizadas. Las grandes maniobras imperiales alemanas, en ningún país merecían más censuras, y hasta burlas, que en la Gran Bretaña, y los métodos de guerra que hoy rigen, y que aplicaron desde el primer momento los beligerantes continentales, eran poco comprendidos allí y mal juzgados. Insensiblemente, se fué perdiendo la afición al estudio y práctica de la gran guerra, y se concedió demasiada importancia a la pequeña guerra, irregular o colonial; en vano lucharon contra esta tendencia algunos ilustres generales, cuyas advertencias encontraron eco en la benemérita *Royal United Service Institution*, a la que tanto debe aquel país. No parecía sino que el prestigio mundial de Inglaterra descansaba únicamente en la marina y la diplomacia, y que el ejército había de reducir su acción a los asuntos interiores del Imperio. La violencia y rapidez con que Alemania planteó el problema militar en agosto del año pasado, hicieron comprender, tardíamente, a los ingleses, cuán hondo había sido su error, y se dedicaron a enmendarlo con la tenacidad y energía propias de aquella raza.

Pero los ejércitos no se improvisan. Cabe formar muchedumbres de hombres, con una organización exterior—simple vestidura—perfecta; pero el espíritu, el alma, los métodos, la doctrina, son indefectiblemente consecuencia de una labor lenta, paciente, de muchos años; están al final de un camino que ha de recorrerse en toda su extensión, y los atajos o el apresurar el paso llevan siempre al fracaso. Si no fuera así, Rusia habría ya impuesto su voluntad, y no serían menester los crecidos presupuestos de la guerra, ni la solícita atención con que se atiende en todas partes al ejército. Todavía extremó más, Inglaterra, su descuido, porque no se preocupó de disponer de buenos cuadros de oficiales y clases en número suficiente, sin los cuales valen bien poco los regimientos y batallones, aunque se cuenten por centenares. Finalmente, se había perdido en Inglaterra la afición a las cosas militares, y el ejército estaba en notorias condiciones de inferioridad, en el concepto público, con respecto a la marina.

En estas circunstancias, el poderoso Imperio se encontró en un tremendo conflicto cuando los alemanes barrieron de Bélgica a los franceses y a las escasas tropas de French. Gracias, en primer término, a Lord Kitchener, el que posee a la vez las raras cualidades de excelente organizador y hombre de acción, y en segundo lugar a la enérgica acción de rusos y franceses, se pudo capear el temporal, y la crisis no tuvo fatales e inmediatos resultados. Pero el esfuerzo extraordinario, casi increíble, de Lord Kitchener y de Lloyd George, el ministro de Municiones, secundado por todo el país, no ha tenido los efectos que tal vez se esperaban. El rendimiento del ejército inglés en campaña ha sido y sigue siendo bastante inferior al de sus aliados, a igualdad de fuerzas; es decir, que 500.000 rusos o franceses cubren de un modo más eficaz un frente o ejecutan mejor una ofensiva, que 500.000 ingleses; no es porque el soldado británico sea menos robusto, o esté peor instruido, o se bata peor que sus colegas aliados, ni porque al oficial le falte buen espíritu, nada de eso; sino porque lo difícil es la instrucción y la educación colectivas, la tradición de la masa, el alma de la colectividad, incompatible con la suma de energías individuales si todas ellas no se inspiran en una misma y única doctrina. Inglaterra no ha podido hacer más, y es admirable que haya hecho tanto.

La formación de nuevos oficiales y clases ha sido un escollo imposible de salvar. Los corresponsales ingleses de guerra se lamentan de este hecho, que ya no se recata. En un país de costumbres y aficiones tan poco militares como aquel; donde el medio ambiente no es propicio a la milicia, se carece de primera materia; no basta el valor, antes, al contrario, estorba si no está templado con la prudencia. Durante varios meses, Inglaterra improvisó oficiales, sometiendo a los jóvenes aspirantes a cursos abreviados de pocos meses, en los que se daba preferencia a la práctica, sobre la teoría. Los resultados fueron deplorables: los nuevos oficiales eran carne de cañón, y, con ellos, caían en los campos de batalla las tropas a sus órdenes. Entonces, se tomó un nuevo rumbo.

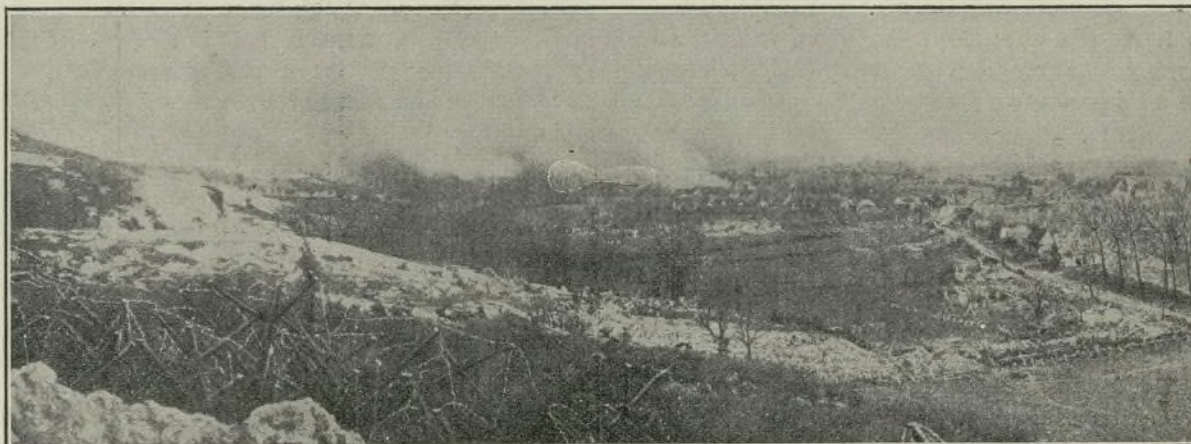
Siendo imposible desenvolver un espíritu que no existe, y no pudiéndose pensar siquiera en restablecer los planes académicos de tres, cuatro o más años, se ha seguido el método mixto de someter a los educandos al mismo género de vida, que luego han de llevar en campaña; este principio se ha extendido también a los últimos contingentes de soldados voluntarios. Se han convencido los ingleses de que no por correr mucho se llega antes, y que es preferible demorar el envío de los refuerzos, aunque con ello padezcan momentáneamente las operaciones en los dos frentes.

En diversos lugares de Inglaterra se han construido posiciones defensivas exactamente iguales a las del frente francés. En ellas se han reproducido los atrincheramientos ingleses y alemanes, tanto en su organización general y de detalle, como en su disposición mútua y distancias relativas; no falta el



menor pormenor; el trabajo se ha hecho en escala natural, con sus galerías de mina, comunicaciones enterradas, abrigos, alambradas, pozos de lobo, etc.; y se somete a los batallones de nueva formación, allí destacados, a la misma vida de sus compañeros en el teatro de la guerra; noche y día guarnecen los

ces en la guerra. Cuando aquellos han ejercido una ofensiva vigorosa, su avance ha sido de muchos kilómetros, las consecuencias inmediatas y llevadas al último extremo; en cambio, los ataques de los aliados, aun siendo afortunados, se han reducido a mínimas proporciones.



La altura de Loreto y el pueblo de Carency, ardiendo (Artois)

atrincheramientos, se relevan, atacan las supuestas líneas enemigas, valiéndose de granadas de mano y de los medios destructores de alambradas, y practican en suma lo que luego tendrán que aplicar frente al adversario. Ni la lluvia, ni el frío, ni la nieve, interrumpen esos ejercicios, que sólo se diferencian de la realidad en faltar el tiro de los enemigos. Junto a esas posiciones de enseñanza experimental, se establecen escuelas de especialistas en la construcción y manejo de explosivos y medios químicos. No ha transcurrido aún el tiempo suficiente para apreciar los resultados de esta innovación, pero sin duda serán mejores que los anteriormente obtenidos.

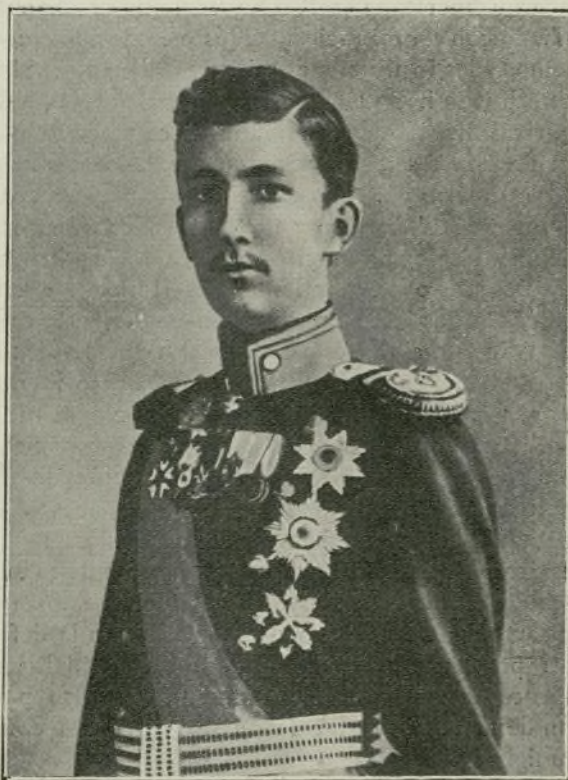
Alemania no ha ido tan lejos en esta materia, en lo que atañe a la guerra de posiciones. En compensación, todos los adolescentes que lo desean reciben instrucción militar completa, dirigida por jefes y oficiales del ejército, bajo la inspección de algunos generales. Aunque es voluntaria la asistencia a las prácticas, ningún muchacho deja de acudir a ellas, por lo que, de hecho, es como si fueran obligatorias.

Comparando este método, instaurado hace ya bastantes meses, con el británico, resulta enseguida una notable diferencia entre los dos. Los ingleses lo limitan a lo de aplicación inmediata, a la guerra de trincheras, mientras que los alemanes dan una instrucción más general, sin concretarla a casos particulares. En pequeña escala, aquí también se observa que los ingleses limitan el concepto de la guerra, mientras los alemanes ven ante todo la maniobra. Para los unos es ficticia, postiza en cierto modo la educación militar, que en los otros no es más que un complemento o coronación de la general. En estos menesteres aparece la diferente manera de ser de los dos pueblos, y cuánto difieren sus capacidades de adaptación a la guerra.

## II.—Caracteres distintivos de la ofensiva de los varios beligerantes

La pujanza militar de los imperios centrales, frente a la debilidad y vacilación de los aliados, resplandece en un hecho que se ha repetido varias ve-

Todas las campañas de Hindenburg, las de Galicia y Polonia, las de Bélgica y el N. de Francia, la de Lorena, y ahora la de Serbia, han revestido iguales caracteres: ataque violento, combinado con la maniobra, decisión inmediata, y persecución larga y tenaz, que ponía en manos del vencedor incontables prisioneros y vastos territorios. Terminaba, ¿cómo no?, pero no sin que el adversario hubiera sufrido un desastre o evacuado una provincia.



El príncipe Boris, comandante en jefe del ejército búlgaro

Del lado de los aliados, sus ofensivas se distinguen más por la perseverancia que por la instantaneidad de los golpes: rusos, franceses, ingleses e italianos, luchan días y días, a veces semanas, por con-



quistar una aldea, tomar una colina o adelantar un kilómetro. Como es natural, el número de bajas crece prodigiosamente, y el ataque termina por agotamiento del ofensor. Se citará acaso, como excepción de esta regla, la batalla del Marne, pero oportunamente dije, y hoy hasta en la misma Francia lo reconocen, que aquel conjunto de combates debe llamarse «retirada del Marne», porque fueron los alemanes quienes tomaron la iniciativa para el repliegue, por su propia voluntad, y lo detuvieron al llegar a las posiciones que se habían organizado defensivamente.

Entre la ofensiva alemana (y en ella debe de incluirse la austriaca) y la de los aliados hay una diferencia esencial: en la primera, el deseo de vencer no se quiebra, por grandes que sean los obstáculos y dificultades; si no basta una división, se empeñan dos, tres, las que hagan falta, sin titubear, sin vacilar, sin acordarse de los riesgos que pueden sobrevenir. En la segunda, se advierten a las claras una desconfianza en las fuerzas propias y un temor a lo imprevisto, incompatibles con un éxito que merezca el nombre de tal.

En estos hechos, que a nadie han quedado inadvertidos, se concretan y resumen las diversas cualidades militares de unos y otros ejércitos. En los del grupo germano, aparece inmediatamente la educación de la voluntad, el convencimiento—de que participan el general y el soldado—de que al fin del ataque se encuentra la victoria, la confianza absoluta en la propia fuerza, el sentimiento arraigadísimo de la superioridad sobre el adversario, cualquiera que sea.

Lo contrario aparece en el campo aliado. Lo mismo en Francia que en Rusia y en Italia, se han estudiado con tal minuciosidad los métodos, los reglamentos y las instituciones militares alemanas; se han subordinado hasta tal punto las ideas propias a las del rival; ha sido tan sistemática la copia de todo lo que llevaba el sello alemán, que se ha rodeado de extraordinario prestigio al actual enemigo, reconociendo en él al maestro y al director; como consecuencia, los demás ejércitos han entrado en campaña en condiciones morales de inferioridad, que se agravaron por las primeras victorias de los alemanes. Al contrario de éstos, el espíritu de ofensiva es algo artificial en el ejército ruso, cuya idiosincrasia se presta mejor a la defensiva. En Francia, se hicieron inauditos esfuerzos por generales y oficiales, para convencerse a sí mismos y a la nación de que debía de resurgir el antiguo espíritu francés, dado al ataque; pero esta labor tenaz y plausible quedaba desvirtuada por la cita eterna y constante de todo lo alemán; en fecha no muy lejana, fueron substituidos los reglamentos tácticos, inspirados en la defensiva, por otros que preconizaban la acometividad y la iniciativa; con todo, los recuerdos de 1870 pesaban demasiado, y el país no se sentía con entera confianza.

El espíritu de los ejércitos figura por mucho en el desenlace de las operaciones, pero se necesita algo más: los *métodos* y los *medios* han de estar en armonía con el espíritu, finalidad que sólo han logrado en términos satisfactorios los alemanes. Hemos presenciado repetidamente el caso de ofensivas de los aliados emprendidas sin los medios indispensables

y, no obstante, continuadas hasta llegar el fracaso; mientras que en el bando opuesto, a una equivocación en este sentido siguió inmediatamente la rectificación; ejemplos de ello son la ya citada retirada del Marne, la campaña inicial contra los rusos, la primera invasión de Polonia por Hindenburg. Con la misma despreocupación, si vale la palabra, que se pone en el ataque, se emprende la retirada cuando la aconsejan las circunstancias, sin temor a que padezca la moral de las tropas, y antes de que el retroceso lleve aparejada una victoria del adversario.

Entre los *medios* figuran en lugar preferente las reservas. En su empleo son maestros, hasta ahora insuperables, los alemanes, lo mismo en el ataque que en la defensa. Las más de las derrotas de los aliados y el fracaso de sus ofensivas, se deben al deficiente o vicioso uso de dichas reservas. Y ello nos vuelve a conducir al espíritu y a la voluntad del mando. Una reserva empeñada antes de tiempo no abre el camino de la victoria; su empleo tardío, jamás evita la derrota, y, a veces, la aumenta. Los generales osados y atrevidos se valen de ella, en ocasiones, prematuramente, y, si el enemigo no es muy resuelto, aunque no obtengan el triunfo, tampoco son derrotados: la batalla queda indecisa. Los generales tímidos o demasiado prudentes pecan del defecto contrario, vacilan antes de servirse de las últimas fuerzas intactas, dejan escapar la oportunidad y son vencidos, teniendo a menudo ya casi ganada la partida. Los generales alemanes han incurrido en algunas, pocas, ocasiones en el primer defecto; el segundo ha sido inseparable de los generales aliados. Ningún caudillo de los tiempos antiguos y modernos ha tenido la ojeada militar de Napoleón, para emplear en el momento crítico y preciso y en el punto decisivo, la masa de las reservas; no hay, puede decirse, batalla napoleónica, que no ofrezca un admirable ejemplo de la utilización de las reservas. La extraordinaria resistencia que, con fuerzas muy inferiores, están presentando los alemanes en el frente occidental, se debe tanto a la robustez de los atrincheramientos y a la potencia de fuego, como al empleo de las reservas. Los ingleses han reconocido que no saben manejarlas; los franceses no las envían al fuego, deliberadamente, escarmentados por lo que les sucedió en la batalla primera del Aisne; y los rusos nunca se han distinguido por su habilidad en este concepto. En la batalla de la Champaña del 25 al 28 del pasado septiembre, entraron en línea prematuramente las reservas francesas, compuestas en parte de caballería, y el error les costó caro.

La combinación de la voluntad con los métodos y los medios, ha dado lugar a esas ofensivas rápidas, irresistibles, de los austro-alemanes; hasta cuando luchan contra fuerzas superiores, sus contraofensivas suelen ser afortunadas, porque compensan la deficiencia de medios con el concierto de la voluntad y el método. Los tres factores no se han armonizado nunca en el campo aliado: a los rusos les ha faltado el método y a los franceses la voluntad; los ingleses y los italianos figuran muy en segundo término, detrás de sus aliados; hasta ahora, los búlgaros resultan buenos discípulos de los alemanes, y los serbios poseen únicamente una voluntad sobresaliente. No se puede juzgar aún del ejército turco desde el punto



de vista de la ofensiva, pero no tardarán en presentarse ocasiones para ello.

### III.—Las operaciones en Rusia

No cejan los rusos en su empeño de arrojar a los alemanes lejos de la línea del Duina, ni hasta que han sido expulsados de las márgenes occidentales del Styr y del valle del Stripa han puesto fin a su ofensiva en Volinia y Galizia. En el Duina han obtenido algunos éxitos locales al O. y S. O. de Riga, y en los lagos al S. E. de Dvinsk, pero la situación en conjunto no ha cambiado. No es menester citar los pueblecillos que ahora han ocupado los rusos, porque han variado de dueños tres o cuatro veces, y tampoco los cité cuando se apoderaron de ellos los alemanes.

La actitud de Alexeiev, según expuse hace varias semanas, contrasta con la habitual del anterior comandante en jefe. Caracteriza al jefe de Estado Mayor del Czar la persistencia en los propósitos, la energía en la resolución y una voluntad indomable, cualidades de gran mérito que parecían haber desertado del campo ruso.

Coincidiendo con la maniobra de Vilna, se desató la contraofensiva rusa, que en sus comienzos fué poco afortunada. A una voluntad, respondió otra, a un objetivo se le puso otro enfrente, y sobrevino la gran guerra, que fué de corta duración. A las dos o tres semanas los alemanes hicieron alto en su avance, se establecieron fuertemente en el centro, y concentraron su actividad en las alas. Si influyó o no en la suspensión de la ofensiva alemana la actitud resuelta de Alexeiev, es materia opinable. Ahora que ha transcurrido mes y medio y se aprecian los resultados de aquellas operaciones, cabe afirmar que la contraofensiva rusa no fué la causa que detuvo la marcha arrolladora de los austro-alemanes, pero sí contribuyó a que hicieran alto. Más que los combates en el Duina, fueron las batallas en Volinia y Galizia las que condujeron a la presente situación; parte de las fuerzas del centro austro-alemán tuvieron que destacarse al S. y faltó energía en los ataques del N.

Precipitado, que no conseguido, este objetivo preliminar, Alexeiev forcejeó tenazmente en las dos alas, luego de haberse convencido de la inutilidad de sus esfuerzos al S. de Pinsk. Aunque a costa de grandes sacrificios, obtuvo algunos éxitos en Volinia y el Stripa, que al cabo han sido anulados por los austro-alemanes, pero en el Duina las cosas tomaron una marcha menos favorable. Tras muchas semanas de incesante batallar, ninguno de los dos bandos puede preciarse de haber logrado una ventaja de consideración. Sólo que hay una diferencia notable entre los métodos puestos en práctica por los dos beligerantes en el sector septentrional, según dan a comprender los partes oficiales. Los alemanes se han valido principalmente de la superioridad de su artillería pesada para acercarse a Riga y Dvinsk, mientras que los rusos han apelado al ataque directo para recuperar una parte del terreno perdido; han sufrido, por consiguiente, más quebranto que el adversario.

Ello redundo en elogio de las tropas rusas, que están desplegando una potencia ofensiva que jamás

alcanzaron y que parecía definitivamente desaparecida. Ha reaccionado aquel ejército, es indudable, pero aun así, no ha sido capaz de derrotar a un enemigo que ha reducido sus tropas en medio millón de hombres, por lo menos. Ha conquistado una aldea y ha tomado por asalto una colina, sin que los alemanes, a su vez, dejaran de apoderarse de otra aldea y de adueñarse de otra altura; es decir, que los rusos han recuperado lo que podría llamarse energía local, energía táctica, pero siguen tan desprovistos como antes de la potencialidad general, única capaz de resolver una campaña. Y no puede ser de otra manera, tratándose de un ejército de reciente formación, sin cuadros experimentados, y desengañado por tantos y tan gravísimos reveses. La masa, las tropas, se baten bien; el ejército en conjunto no se ha repuesto de los descalabros padecidos; carece del nervio en que encontraba su fuerza—cuadros y soldados veteranos,—caído a trozos desde las fronteras enemigas al actual frente de batalla.

Cuando los combates se prolongan mucho tiempo con gran derramamiento de sangre y sin resultados apreciables, se produce en las tropas un estado de ánimo que tiene ciertos puntos de semejanza con el engendrado por una derrota; concluye por perderse la propia confianza y brota la desilusión. En este concepto, si es verdad que al nuevo ejército ruso le han sido de grande utilidad algunas batallas ofensivas, para hacerle perder el recuerdo de la retirada y moverle a olvidar la superioridad del enemigo, no es menos cierto que el abuso de los ataques, cuando no son victoriosos, destruye aquel beneficioso efecto y produce una reacción contraria. No está aún organizada la línea alemana de un modo parecido a la de Francia, pero no tardará mucho en terminarse y, en lo esencial, es lo bastante fuerte para que Hindenburg mire sin inquietud el porvenir. En el teatro occidental ni los alemanes ni los franceses se han arriesgado a inutilizarse en tentativas que, por su misma continuidad, habían de resultar estériles; y esas tentativas son las que presenciamos primero en Galizia y Volinia y ahora en el Duina. Tal vez Alexeiev exige demasiado de sus tropas, y se arrepienta de ello si Hindenburg emprende la ofensiva final de la campaña; pero aunque así no acontezca y los alemanes se limiten a resistir y mejorar en lo posible sus posiciones, el ejército ruso se sentirá vencido, cuando al fin ponga término a sus ataques. Porque si para los alemanes sería convenientísimo forzar el paso del Duina y apoderarse de Dvinsk y Riga, no es de grande importancia para los rusos el establecer su línea unos pocos kilómetros más o menos cerca de la margen occidental de aquel río. La impotencia no sólo resulta de una derrota, sino que también proviene de la inutilidad de los ataques, y es tiempo ya de que Alexeiev pronuncie una ofensiva general, para la cual no dispone de fuerzas suficientes, o sea más prudente en sus resoluciones.

### IV.—La situación el 20 de noviembre

Están punto menos que interrumpidas las operaciones en Rusia, en Francia y en Gallípoli. El comandante del ejército británico desembarcado en esta península, general Monro, ha propuesto la repatriación de las tropas y el abandono de aquella



desgraciada empresa; lord Kitchener resolverá lo que mejor estime, después de hacerse personalmente cargo de la situación. La repatriación se hará necesaria antes o después; efectuada ahora, agravaría el efecto de las victorias de los invasores de Serbia y repercutiría en Grecia y Rumanía; aplazada para más adelante, quizás sea obligada y consecuencia inmediata de una derrota, y no voluntaria y espontánea, como parecería en los presentes momentos. Los periódicos ingleses, y el mismo Parlamento, no se han recatado de calificar de fracaso la campaña en que pusieron las más halagüeñas esperanzas y de las que esperaban la victoria indiscutible.

Vuelve a pelearse furiosamente en el frente italiano. El general Cadorna repite, con tenacidad y sin reparar en sacrificios, el esfuerzo contra Gorizia, hacia la cual avanzan lentamente los italianos. Cualquiera que sea el resultado de esta batalla, no puede ya influir en la invasión de Serbia. Desde otro punto de vista, suspendida la ofensiva austro-alemana en el frente oriental, los austriacos se encuentran en condiciones favorables para retirar tropas de aquel teatro y enviarlas al italiano, de modo que el empeño de Cadorna tiene ahora bastante menos oportunidad que en los meses que mediaron desde mayo a mitad de octubre. Pueden ahora los austriacos, y lo mismo los alemanes, disponer de más tropas para oponerlas a los italianos, por lo que los ataques de éstos no es probable que tengan las consecuencias trascendentales que hace tres meses hubieran tenido. Aunque el ofensor se apodere de Gorizia, estará muy lejos de haber conseguido un éxito de importancia, ni siquiera que le acerque al término victorioso de la guerra. Hay que insistir en lo indicado en otra *Crónica*: las batallas en el Isonzo impiden a Italia intervenir en los Balkanes; y, realmente, por escasos que sean los frutos que reporte de su ofensiva en Gorizia y el Carso, son incomparablemente más valiosos que los que pudiera alcanzar desembarcando un ejército en las costas de Albania.

Las noticias que se reciben de Mesopotamia son muy confusas; se deduce de ellas que los ingleses, en número no muy respetable, que habían proseguido el avance por el valle de Eufrates, han sido contenidos y rechazados bastante al S. E. de Bagdad, objetivo de primer orden, que está llamado a desempeñar un importante papel si la guerra se prolonga algunos meses.

Los acontecimientos se han precipitado en Serbia. Expulsados los serbios de su antiguo territorio, el verdaderamente nacional, y amenazados y acometidos por tres lados, ha ocurrido lo inevitable: la desmoralización de las tropas, la desaparición de la serenidad en el mando. Gran mérito ha sido que estos factores disolventes no se hayan presentado antes, a raíz de la ocupación de Kragujevatz y Nisch, y del fracaso de la expedición prometida por las naciones aliadas. Millares de prisioneros han caído en manos de los invasores, y puede darse por perdido casi todo el material de guerra. En los últimos días, el ala derecha austro-alemana (ejército de von

Köwess), apoyada por la columna que operaba en la frontera montenegrina, ha efectuado un movimiento de avance hacia el S. E., verdadera maniobra envolvente que tendía a cortar la comunicación del grueso enemigo con Albania; esta amenaza desconcertó al resto de la línea serbia, y coincidió con un vigoroso empuje de los búlgaros en dos sentidos: al N., desde Uskub hacia Mitrovitz, y al S., desde el mismo Uskub, por los desfiladeros de Babuna—teatro de empeñadísimos combates—hacia Dibra y Ochrida, envolviendo Monastir. De esta suerte, casi toda la frontera de Albania está en manos de los búlgaros, han sido cortadas por completo las comunicaciones entre Grecia y Serbia, y los serbios van retrocediendo hacia Montenegro, en cuyas montañas, poco pobladas y sin recursos, se fundirá la escasa fuerza militar que quede al desgraciado reino que fué la causa inmediata de la presente guerra europea. Al mismo tiempo, los búlgaros han atacado y rechazado al ejército franco-inglés, cerca de Gradska, en el valle del Vardar, situándose a los dos flancos del mismo. Tropas alemanas operan en el S. de Macedonia, junto a las búlgaras, de suerte que los antiguos y encarnizados adversarios van a encontrarse de nuevo frente a frente, en un teatro muy alejado de sus respectivos países.

En lo que concierne a Serbia, por lo menos, esta campaña ha entrado en su fase final. Menos de dos meses ha durado su desarrollo, tan metódico y perfecto, que apenas ha influido en las operaciones la pobreza del país, sus deficientes y escasos caminos, la naturaleza montañosa de gran parte del reino y lo fuerte de sus defensas naturales. Lo más notable de la campaña, aparte de su preparación, es el perfecto concierto que han guardado en sus movimientos los dos ejércitos austro-alemanes y los dos búlgaros, sometidos todos de buen grado, convencidos, es indudable, a un mando único. Bien puede sacrificarse el amor propio cuando la recompensa es tan espléndida. La superioridad hay que reconocerla, hállese donde se halle, y el que pretende mantener su propia personalidad, con independencia y atendiendo a su interés propio, tiene que recibir forzosamente muchos desengaños. Esta lección es tan antigua casi como el mundo, pero esta guerra le ha devuelto la actualidad.

Conviene esperar que termine esta campaña para examinarla a grandes rasgos, porque está aún muy oscura la marcha de una parte del ejército de von Gallvitz al S. de Macedonia, y tampoco se poseen noticias de los movimientos del ejército búlgaro, la situación de cuyas tropas ha sufrido cambios radicales desde que se abrió la campaña. Todo lo ocurrido en el frente de los aliados y en el sector que se extiende al S. O. de Uskub es imposible apreciarlo ahora con medianas probabilidades de acierto.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

21 noviembre 1915.